

Betty Betman

# REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL Vda. de QUIROS, Directora

SAN JOSE

COSTA RICA

AMERICA CENTRAL

Año XI

Domingo 23 de Agosto de 1942

No. 523

## A la memoria de D. Víctor Zúñiga

HCR  
056  
R454-rc



*Morir en Dios, es vivir en El. Murió en la paz del Señor, para vivir en su eternidad. Su vida, un inmenso campo, donde florecieron con palpable exuberancia, las más hermosas virtudes: Humildad, Abnegación, Caridad. Hijo modelo, hermano amantísimo, amigo sincero. Con verdadero acierto desempeñó en la Iglesia cargos importantísimos. Fue Maestro de Capilla, y Mayordomo por muchísimos años. Consagró su vida, al servicio de Dios, con el desprendimiento de un verdadero cristiano. Su fe arraigada profundamen-*

*te se nutrió en las fuentes misteriosas del Amor. Amor a Jesús, que con frecuencia recibía en su pecho. Amor a María, a quien invocaba con el más atractivo de los títulos "Virgen del Socorro". Profesor de música en las Escuelas Centrales cultivó en su arte los corazoncitos de miles de niños. Muere joven y en su juventud el dolor se perpetúa. Se aleja del mundo, para velar eternamente por sus seres queridos... Murió en la paz del Señor, para vivir en su eternidad.*

Esperanza Herrán v. de Vargas.

Tres Ríos, 9 Agosto 1942.

## CONSULTORIO OPTICO "RIVERA"

Exámenes científicos de la vista.

LENTES Y ANTEOJOS DE TODO:  
PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

## SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

TIENDA DE DON NARCISO

## Oración a Cristo

Señor, desata mi lengua  
y cantará tu alabanza.

Diré tu nombre a los cuatro ángulos de la tierra,  
guerra moveré en tu nombre y tu corazón será  
[mi escudo.

Roca eres, Señor, y en ti levantaré mi casa.  
Fuente eres, y mis labios se abrevarán en ti.

Reposaré en el oasis de tu misericordia  
y la sombra de mi Cruz cobijará mis huesos.

Comeré tu cuerpo en el pan de la Eucaristía  
y tu cuerpo custodiará mi alma para la vida  
[eterna.

Hasta que vuelvas, Señor, según tu promesa.  
Hasta que puedan verte, sin cegar, mis ojos mor-  
[tales.

Tú eres el mismo que dijo: Yo soy el Alfa y la  
[Omega.

el que es, y ha sido, y que ha de venir, el  
[todopoderoso.

En humildad de corazón, clamo a ti, Señor.  
Oyé, Señor, mi voz.

Pecador soy,  
pero tú puedes medirme con vara de grandeza.

Pequeño soy,  
pero tú puedes medirme con vara de grandeza.

Débil soy,  
pero tú puedes armar mi brazo con tu acero.

Desde lo más profundo de mi alma clamo a tí,  
[Señor.

Oye, Señor, mi voz.

Para que sea digno de alcanzar el fruto de tu  
[sacrificio

y mi alma pueda gozarse en ti, largamente,

cuando suene la trompeta del último ángel  
y caigan las estrellas.

Alberto Franco

## Betina de Holst Hijos

Constantemente tiene un gran surtido de lanas en inmensa variedad de clases y colores. Gran variedad de labores de mano y sus materiales. Gran variedad de manteles bordados y estampados en colores.

Cintas de Gró, Raso y Tafetán, en todos colores y anchos.

56  
454nc

DIRECTORA:  
SARA CASAL Vda. DE QUIROS  
Apartado 1239  
Teléfono 3707  
OFICINA mi casa de  
habitación  
BARRIO: La California  
Av. 1ª Calles 27-29

# REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica  
Sencidida y aprobada por Su Santidad Pío XI

Suscripción semanal

— de —

cuatro números

₡ 1.00

AÑO XI

San José, C. R., 23 de Agosto de 1942

No. 523

## Discurso Pronunciado por el Reverendo Padre Nicolás Cáceres, en la Solemne Distribución de Premios del Colegio de San Luis Gonzaga, de Cartago, Costa Rica, el 2 de Dicbre. de 1883.

Ilmo Señor:

Señores:

Al dirigiros una vez más la palabra en día tan solemne como este de la distribución de premios, abrigo una dulce confianza, que no es poca parte para el éxito de mi tarea: sé que me dispensais una atención tan benévola como generosa, debido principalmente a la comunidad de ideas que nos liga en punto a educación.—Por qué no lo dudo: vosotros todos cuantos honrais con vuestra presencia este salón, pensais lo mismo que yo, pensais lo mismo que mis profesores, en esta cuestión de vital importancia, la de formar la juventud.—Prueba de ello me la dan no sólo vuestras palabras, si no más todavía vuestros hechos: la confianza con que nos honraisteis aquel día en que, desgarrando talvez vuestro corazón con heroico sacrificio, pusisteis en nuestras manos la suerte de vuestros queridos hijos, comprometiendo a la par que nuestra conciencia, nuestro corazón con depósito tan inestimable. ¿Qué más? La perfecta inteligencia, las cordiales relaciones que hemos mantenido hasta hoy con los padres de familia, nos demuestran, no diré que están plenamente satisfechos del resultado de nuestros esfuerzos; pero sí que están de acuerdo con nuestro plan de educación, sostenido ya por espacio de ocho años en este Instituto Provincial. ¡Oh! y cuánta satisfacción nos inspira el convencimiento de que en Costa Rica no meditará nunca una enseñanza atea, de que aquí la sociedad entera quiere y apoya una enseñanza cristiana, una educación francamente religiosa!

Creo pues, Señores, que al expresar mis pensamientos en esta ocasión no hago más que interpretar los vuestros. En esto fundo la confianza con que hablo ante vosotros. Pero ¿qué voy a deciros que tenga algún interés especial en relación con la solemnidad de este día? No tardaré en manifestároslo.

Se recompensa hoy aquí la aplicación, el trabajo, el aprovechamiento; pero antes que todo se aplaude y corona la virtud. Y ¿sabéis cuál es la virtud que debe caracterizar a un joven? Pues no es otra, a mi humilde juicio, sino la *moderación*. Y esta es al mismo tiempo el más precioso fruto de una educación sabiamente dirigida.

También en esto me lisonjeo estar de acuerdo con vosotros.

En efecto, la moderación, si bien se considera, es la dote moral más importante para la juventud, ya por que ella significa, en el orden de las costumbres, el dominio de sí mismo, la represión o dirección de todas las pasiones, la discreción atenta al cumplimiento de todos los deberes; ya también porque, en el orden de la instrucción, es una luz y una guía importantísima. Tal es el pensamiento que quisiera hoy inculcar en el ánimo de los jóvenes que me escuchan, para que, ligado al recuerdo imperecedero de este día, llevaran el propósito de capear en medio de la sociedad por esa noble virtud de la moderación. Al efecto yo os suplico, amados jóvenes, me concedais vuestra atención por algunos momentos.

## I.

¿Quién puede negar el atractivo irresistible que ejerce sobre cuanto la rodea una persona moderada? ¿quien no siente los encantos de esa virtud que compone y modera las acciones, las palabras y hasta el curso de los pensamientos de un hombre? Ella no es una sola virtud, sino un bello y armonioso conjunto de virtudes. Es una guirnalda de exquisitas flores destinada a brillar en las sienas de un joven. Su hábito constituye una completa educación, porque es el imperio de la razón en todo el sér humano, es el orden imperando en todas sus facultades. ¿Qué otra cosa es *moderar*, según la expresión original, sino *regir y gobernar*? Por manera que donde hay moderación, hay gobierno; y una persona moderada vale tanto como un espíritu y un cuerpo sabiamente gobernados. Es pues la moderación una corona más rica que esas de oro y de diamantes con que se envanece los reyes de la tierra. *Moderar*, según la fuerza etimológica de esta palabra, es dar modo, imponer una forma, la forma más conveniente al objeto moderado; pero como sucede que hay objetos que presentan una viva resistencia a la imposición de esa forma, cuales son, por ejemplo, las viciosas tendencias del sér libre, de ahí es que la moderación no consigue su objeto, sino ejerciendo una suerte de violencia, un imperio semejante al del hombre superior que domina a una turba amotinada, o al de un agente físico bastante poderoso para calmar o refrenar un movimiento desbordado. Es pues, la moderación, no sólo una corona de oro, como la de los Monarcas, sino una corona de laureles conquistada por un héroe en el campo glorioso de la lucha. Pero ¿de qué lucha! de la lucha moral menos sangrienta sí, pero más terrible que todas las luchas materiales. Es en todo rigor lo que se llama una *virtud*. Y ¡qué virtud tan bella! Lo hemos dicho ya, es toda una armonía, un concierto moral de tanto precio, que a veces raya en lo sublime. Estudiémosla en su esencia, siguiendo el luminoso pensamiento de Santo Tomás.

Es la moderación una especie de Templanza, y esta gran virtud, eje sobre que giran tantas otras virtudes hermosísimas, puede decirse condición general de rectitud para todas las acciones y pasiones humanas. Sin Templanza no hay virtud, porque sin ella habria necesariamente exceso, y, como afirma el común sentir, todo exceso es vicio y la virtud está en el medio. Pero hay una virtud especial, y es la que hoy atrae con predilección nuestras miradas, hay una joya más brillante entre todas esas joyas morales destinadas a la juventud, y es la que he designado con el nombre de *moderación*. No sé a cual de las virtudes especiales del grupo de la Templanza pudiera equipararse exactamente, si a la humildad, si a la modestia, porque según Cicerón, al género de la Templanza pertenecen, no sólo la sobriedad y la continencia, sino también el

rubor, la compostura y hasta la clemencia y mansedumbre. La hermosa virtud de que tratamos incluye gran parte de estos actos y aún la feliz disposición para ejercer otros análogos. La moderación resplandece en las palabras oportunas, afables, comedidas: es lo opuesto, todo lo opuesto a la jactancia, a la pedantería, al charlatanismo. Ella preside con discreta cordura a las acciones y movimientos externos, arreglándolos todos a las leyes de la severa dignidad, de la cortesanía y el decoro. Ella extiende su imperio saludable hasta la esfera de los movimientos interiores del ánimo, refrenando los ímpetus demasiado ardientes, ordenando los sentimientos del corazón y encauzando hábilmente las pasiones. Tal es, Señores, la *moderación* de que os hablo, esa flor de exquisito perfume que vosotros estáis acostumbrados a contemplar mil veces en derredor vuestro, esa flor que forma las más puras delicias de una sociedad distinguida.

¿Quién no admira esa dote nobilísima? ¿Quién no goza con el trato de una persona moderada? ¿Quién no se siente feliz en el seno de una sociedad donde reina, al lado de una franca confianza, la moderación?... Que nadie crea que el cuadro que aspiro a bosquejar es el de una virtud postiza, simulada o gazmoña, de semblante adusto y contrahecho por la hipocresía: nada de eso. La moderación se da la mano con la jovialidad, y es hermana de la cordial franqueza. Porque un hombre no pierda jamás el señorío de sí mismo, no por eso deja de ser franco, y hasta jovial, festivo y llano, cuando el caso lo requiere, que tanto puede pecarse contra la Templanza, según los moralistas, por defecto de sensibilidad, como por exceso en el placer. No; la verdadera moderación, por más que sea una virtud, una conquista de caracteres esforzados, no tiene nada ella misma de forzado ni violento; y esto nace de que no es una mera composición exterior del gesto y las palabras, sino que se extiende, como hemos advertido, hasta el concierto de los movimientos interiores. De la interior compostura se desprende, como un fruto natural y sazonado, al exterior arreglo de palabras y modales.

Tal es repito la moderación; y este bosquejo apenas delineado me parece bastante para despertar en los jóvenes el amor a esa virtud esencialmente social, como llamada a formar en gran parte las delicias de la humana sociedad. Permittedme, Señores, que diga sin rebozo lo que al llegar aquí me ocurre. ¿No es verdad que algunas veces la sociedad fastidia, asfixian el alma las grandes reuniones, las ciudades se hacen insopitables y se echa menos con pesar la tranquila dulzura del hogar doméstico o el aura apacible de los campos? Y esto ¿por qué? ¿Por qué sino por la falta, frecuente en esos casos de moderación? Un aire descompuesto y repelente un semblante duro y altanero, en que al primer golpe se revela el interior turbulento de un hombre,

presa de violentas y desarregladas pasiones, un trato descomedido e irrespetuoso, la ausencia de civilidad en muchos individuos, sea por natural rusticidad o por olvido lamentable, y, lo que es más repugnante todavía, por desprecio sistemático de las reglas más triviales de la urbanidad ¡oh! todo eso, no me negaréis, contribuye a mirar con desamor la sociedad, a preferir las dulzuras del retiro a la desahogada agitación de las ciudades. ¡Y es lástima grande y gran contrasentido, el no hallar siempre civilidad donde no debiera faltar nunca, en las ciudades! Ese es el resultado del olvido de la moderación! Oficio es de esta virtud esmerarse en dar el lleno, si a todos los deberes, con especialidad a los que respetan a la vida exterior, a la vida pública, a los deberes sociales. La moderación envuelve una esmerada urbanidad. Y la urbanidad es el cumplimiento de nuestras obligaciones como miembros de la sociedad en que vivimos. Distinguese el hombre moderado por la delicadeza con que trata a sus iguales, por la atención que presta a sus inferiores, por la respetuosa actitud que guarda delante de sus mayores. El hombre moderado reconoce la superioridad, y gusta de acatarla. Es el tipo de la civilidad, es lo que suele llamarse una persona bien educada.

Y héme aquí en el punto capital de mi discurso. He asentado que la moderación es el fruto más apreciable de la educación. En efecto, ¿de qué servirían sin ella los más brillantes resultados? Cuando el

sentido común, expresado por la voz de todos los idiomas identifica estos dos términos, moderación y buena crianza ¿quién puede dudar de que no existe la una sin la otra? Podemos pues afirmar que donde falta la moderación, todo el trabajo de la educación está perdido.

Habrás formado a costa de muchos años de estudio y de colegio un joven ilustrado, muy lleno de conocimientos, y más lleno todavía de sí mismo. Pero ¿se habrá educado a un hombre en el sentido real de la palabra? El lenguaje común dice que no. Ese joven cuyo talento nadie niega, cuya variada instrucción reconocen todos sin dificultad, no se llamará bien educado, en concepto de las gentes sensatas, mientras no lo acredite por la moderación. No hay prenda que así granjee las simpatías y el aprecio universal. En gracia de la moderación se toleran y atenúan a las veces graves faltas que, sin ella, prestarían materia a la censura y pábulo al desprecio. Pero no, la moderación es tan bella, tiene tales atractivos, que seduce al entendimiento y arrastra en pos de sí la voluntad. Y ya se sabe que bajo el velo de la fascinación todos los defectos desaparecen, no se ve más de lo que agrada. ¡Admirable prestigio, el de esa virtud encantadora!

Entendido, pues, bien, amados jóvenes: os va en ello vuestro porvenir. Lo que la sociedad más estima, no discuto ya si con razón o sin ella, es un porte distinguido, una conducta llena de civilidad,

*para más vigor  
y energía*

y para la  
lactancia

*tome el sabroso*

**EXTRACTO de MALTA  
GAMBRINUS**

en suma lo que he llamado la moderación. Si esta os ha captado ya la estima de vuestros Profesores y el respeto y la benevolencia de vuestros discípulos dentro del colegio, ella os hará también conquistar un puesto de honor en la sociedad en que vais a entrar muy pronto, acaso demasiado pronto. Tened en cuenta las personas que os rodean y también las que de lejos os miran; estudiad vuestras palabras y vuestros más leves movimientos, no sea que chocando desde luego con ideas respetables y prevenciones legítimas, deis en el escollo de la desestima desde el momento mismo de emprender vuestra ruta por los mares ignotos de la vida. Mirad en derredor vuestro ¡ay! a tantos a quienes la edad juvenil lanzó imprudentes por las sendas de la intemperancia y del orgullo!

Y cúmpleme daros con tanta insistencia estos consejos, por cuanto habréis de luchar con serias dificultades para entrar resueltamente y manteneros en el camino de la moderación. Dificultades ha de ofreceros el mal ejemplo de otros jóvenes no siempre modelos de virtud. Dificultades os ofrecerán mayores todavía los escándalos de cierta parte de la prensa que, lejos de brillar por su moderación, ofende a la sociedad con el exceso de sus desbordes imprudentes. Pero aun sin esto, hallaréis dificultades nacidas de la misma índole de vuestra edad, porque nada es tan difícil, y por ende tan glorioso, como la moderación en la juventud. Tan despreciable como es un hombre de edad madura y todavía juguete de mal enfrenadas pasiones, así luce y cautiva el aprecio general el joven que, empezando a vivir es ya señor de sus acciones, por él sometidas al cetro de la moderación. No es virtud esta que se amolde fácilmente a los volubles movimientos de la edad primera. Por eso el profundo observador del corazón humano y gran moralista, Santo Tomás de Aquino, considera a la intemperancia como un vicio de niños (*puerile peccatum*), no por que sea insignificante en sí misma, sino por ser frecuentemente como connatural a la niñez. Hay cierta semejanza, en efecto, entre esta edad y aquella inclinación desordenada. El niño no atiende al orden que prescribe la razón: lo mismo sucede a las inclinaciones ciegas que nos arrastran al placer. El niño, entregado a su propio consejo, se torna voluntarioso y esclavo del capricho: las pasiones no reñadas a tiempo desarrollan una fuerza irresistible. Corrígese el niño con el castigo; y no hay otro medio de corregir el apetito, que reprimirle severamente con la vara de la mortificación. De tan clara analogía despréndese la observación que he emitido antes: no es la moderación virtud que se avenga fácilmente a la niñez. Y con todo a la niñez y a la juventud le pertenece de derecho la moderación; y en ninguna otra parte está tan bien y despide tanto brillo como en la frente de los jóvenes. Dado a entender claramente

el Apóstol San Pablo, al prescribir a Tito que aconseje a los jóvenes la sobriedad. "Jvenes hortare, ut sobrii sint" (Tit II. 6.) Nuestro Doctor sapientísimo ha ilustrado también este punto (2ª Zae quest. 14. 9. 4.) tratando de inquirir a qué clase de personas conviene especialmente la sobriedad, y dígame lo mismo de la moderación en general! Y si bien resuelve que, atendido el carácter de las ocupaciones, se requiere principalmente en aquellos que tienen más o menos el deber de enseñar y gobernar, y estos son de ordinario los mayores; sin embargo, bajo otro aspecto, el de la necesidad, la moderación conviene más a la juventud, por la propensión más vehemente que ésta tiene a los vicios opuestos. Será, pues, más ardua para un joven la moderación, pero por eso mismo le es más imperiosamente necesaria. Digamos mejor que es su virtud por excelencia. Quédense la Fortaleza y la Justicia para la edad viril, reléguese la Prudencia a los ancianos; pero brille en todo el porte de un joven la aureola de la moderación. Sin esta luz hermosa del decoro perderá la juventud todo su encanto. Un joven moderado, un niño modesto y comedido, es un objeto que embelesa: posee todo el atractivo moral que debe poseer, en consonancia con su edad; por eso agrada, como agrada todo lo que está en su punto, en el punto marcado por la naturaleza. Un niño descomedido, un joven imberbe y petulante, es un objeto que repugna a cualquiera que tenga una pequeña dosis de sentido moral. Es una especie de monstruosidad, de absurdo viviente, que la misma naturaleza desconoce y quisiera echar de sí, como avergonzada de llevar esa carga. La razón original del desagrado que nos causan como instintivamente ciertos objetos, no es otra, como enseña la Estética, sino el desorden, la falta de armonía o correspondencia entre dos cosas. Desplácenos profundamente todo contrasentido, toda sinrazón. Pues bien: la arrogancia exagerada, los humos de sabiduría, los modales demasiado libres, el querer hacer de persona mayor, son un verdadero contrasentido en un joven. Por eso al encontrarnos con semejantes deformidades olemos preguntarnos el por qué, como buscando la razón de aquella sinrazón. Pero en vano, por que no es posible quitar una deformidad marcada con mano de hierro por la naturaleza de las cosas.

Para ya a manifestaros, para no alargar demasiado este discurso, la utilidad de la moderación hasta para adquirir un caudal de conocimientos sólidos en todos los ramos que debe cultivar la estudiosa juventud.

## II.

Parecerá algo extraña esta proposición, y aun habrá quien no vea en ella más que una estéril paradoja. Me apresuro a aclararla y desvanecer así toda suerte de sorpresas.

Fijad desde luego la atención en aquellas pala-

bras de la Sagrada Escritura, que encierran un sentido profundísimo: "*non plus sapere quam oportet sapere; sed sapere ad sobrietatem*" (Rom. XII. 3.3: "no hay que saber más de aquello que conviene, es preciso saber con sobriedad". No es otra, en el fondo, la idea que dejo enunciada, y que formulo nuevamente en estos términos. La moderación debe acompañar a la ciencia, la moderación es la guía del saber. No penséis que éstas sean trabas que se ponen a la ciencia; con esto no se hace más que dirigirla, mirando así por sus bien entendidos intereses. Para desarrollar este importante pensamiento me valdré otra vez de la luminosa al par que sencilla teoría del príncipe de la filosofía cristiana. (2ª 2ae 99:166, 167).

He aquí como discurre hablando de la virtud que llama *Estudiosidad*, ramo también del gigantesco árbol de la Templanza. Natural es al hombre, como ser racional, el apetito del saber, manjar del espíritu, y su satisfacción no es menos necesaria que la del apetito del alimento corporal. Pero hay una virtud que tiene por oficio el moderar la tendencia de uno y otro apetito, a fin de que no haya superfluidad ni exceso en aquello mismo que natural y legítimamente se apetece. La moderación del deseo de saber es cabalmente la virtud de la Estudiosidad. Llámase el vicio opuesto *curiosidad*. Veamos en que está su desarreglo. El conocimiento de la verdad,

en sí mismo considerado, es bueno; pero no se diga otro tanto del apetito de adquirir ese conocimiento, por que en eso ya puede haber algún desorden. Y lo hay de dos maneras. Primero: si con ese deseo se mezcla accidentalmente algún intento malo; v. gr. la ambición de falsa gloria, el propósito de abusar del conocimiento para el mal; segundo: si por un vicio más radical todavía, no se guarda la debida subordinación en los varios conocimientos, o se los extravía de su verdadera dirección. Eso sucede, por ejemplo, cuando el estudio de cosas fútiles, la lectura de bagatelas, nos retrae malamente de otros estudios necesarios o útiles. Acontecer puede también que el hombre infatuado con sus conquistas reales o ilusorias, en el campo de la ciencia, no refiera el conocimiento de las cosas creadas al conocimiento del Creador, lo que evidentemente es un desorden, y harto frecuente por desgracia; o finalmente, que el ansia del saber le arrastre más allá de los límites del propio ingenio, ocasión ordinaria de incurrir en gravísimos errores. En resumen: aunque la ciencia sea en sí buena y laudable, posible es en el hombre el abuso de todo lo bueno, sino lo regula la suprema ley del orden. Dios lo hizo todo con *número, peso y medida*; el hombre todo debe hacerlo con *razón, modo y orden*.

Y este abuso del saber, cuya sola posibilidad nos advierte de la necesidad de la moderación, es hoy,

# Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

## SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

# Banco de Costa Rica

más que lo ha sido en otros tiempos, un hecho tristísimo, pero incontestable. Prueba de ello tanta falsa ciencia, tanta ciencia vana e inútil, cuando no pervertida y destructora, elaborada en el cerebro de los falsos sabios y divulgada a porfía por los demolidores de toda verdad y todo bien. Ya señalaba esta ciencia venenosa el dedo del Apóstol, cuando amonestaba a los fieles a no dejarse deslumbrar por sus brillos seductores: "*Videte ne quis vos seducat per philosophiam et inanem fallaciam*" (Colos II).

Tan funestos extravíos en materia de ciencia se deben, como veis, a la falta de moderación. Y como quiera que donde reina el desorden no puede haber real provecho para ninguna cosa, déjase ver que sin el apoyo de la moderación la ciencia misma no puede prometerse verdaderos y sólidos progresos. Eso mismo lo afirma la experiencia. Es nota característica del verdadero sabio la moderación. Así lo prueba aquella antigua sentencia que expresa el resultado final de profundas investigaciones: "*Hoc unum scio, me nihil scire*". "Sólo sé que nada sé" Palabras que, si en su acepción literal parecen expresar el triste desengaño del escéptico, en realidad no significan sino la humilde confesión de la carencia de luces del humano ingenio, son la expresión de la modestia del sabio. El hombre que presume saber mucho, bien claro da a entender sabe muy poco, pues ni siquiera ha alcanzado a columbrar los horizontes infinitos de la ciencia. ¿Qué sucede, pues, donde falta la moderación? Que allí hay sobra de orgullo, y, como natural consecuencia, ligereza y obcecación. Nacen de allí la superficialidad en los conocimientos, la precipitación temeraria en los ju-

cios, la pertinacia en el error. El ingenio intemperante no será nunca imparcial ni reflexivo. Donde falta la imparcialidad no se estudian bien los hechos; procédese por principios *a priori*, o más bien, por sistemas preconcebidos al sabor de las pasiones que lisonjean el orgullo y por final de todo, lejos de arribar a la sabiduría, ciérranse para siempre los caminos que van a la verdad.

Sed, pues moderados en todo, jóvenes que me escucháis: sed espejos clarísimos de esa noble virtud que hace del hombre un caballero, un sabio y un cristiano. Sin ella poco os valdrían vuestros aprovechamientos literarios; con ella estos mismos cobrarán nuevo esplendor.

¡Mirad esos bellos luareles tan justamente codiciados, cultivados con tantos afanes, recogidos con tanta alegría! Pues bien, esas coronas del mérito que van a ceñir vuestras frentes entre salvas de aplausos, á la vista de esa culta sociedad que os felicita por vuestros primeros triunfos, ¡cuánto no se eclipsarían, si no las realizara otro brillo, el de la moderación! Más glorioso apareció, siempre el vencedor perdonando al enemigo y confundiendo, como Augusto, con el vulgo de sus conciudadanos que lanzando sobre la multitud miradas arrogantes, alagado por el incienso y abrumado por las flores de la adulación en su triunfal carrera.

¿Queréis ser estimables? ¿anheláis por ser felices? La moderación os captará el aprecio de la multitud, y os hará dichosos lo mismo en el día del triunfo que en la hora de la adversidad.

He dicho.

## Padre Luis Antonio Gamero S. J.

1841 — 8 de agosto — 1941

Para todo el que conozca medianamente la historia de la Compañía de Jesús en Colombia, la figura excelsa del Padre Gamero es familiar. A él, después del Santo Padre Mario Valenzuela se debió la restauración de esta porción de la Compañía después del destierro que le impuso el general Mosquera en 1861.

Siendo de quince años apenas cumplidos, estudiante en el colegio de la Compañía en Guatemala, sentó plaza en la hueste de San Ignacio. Había nacido en Danlí (Honduras) el 8 de Agosto de 1841. Ordenado sacerdote en 1870, al año siguiente fué desterrado con los demás Hijos de

Loyola; y en Nicaragua, donde hallaron todos un refugio, se dedicó al sagrado ministerio, especialmente en Rivas.

Venido luego a Cartago de Costa Rica fue allí Rector del Colegio de San Luis, hasta 1884, año, en que fuimos expulsos de esa república. Llamado a Pasto, fundó allí el Seminario y el Colegio de la Compañía, los que muchos años funcionaron como un solo Instituto; hasta que en 1888 fue destinado a Bogotá para ser Maestro de Novicios y Rector de la Casa de Probación, que acababa de fundarse para la misión jesuítica recién restaurada.

Brilló como nunca en este empleo la



prudencia del Padre Gamero, admirada de varones como el Arzobispo Herrera Restrepo y el Presidente Miguel Antonio Caro, quienes le consultaban como a un oráculo. Llegó a decir el señor Herrera: Quien quiera saber lo que es don de consejo, acérquese la Padre Gamero.

Después de ser Maestro de Novicios cerca de nueve años, pasó a desempeñar el cargo de Superior de la Compañía en Colombia, y de Rector de San Bartolomé, de donde a los seis años fue a regir el Colegio de san Ignacio en Medellín. Anciano ya, gobernó la naciente casa de Panamá, y el colegio de Barranquilla; y enviado a Medellín a principio de 1920, cercano a los ochenta de su edad, vivió todavía siete años largos, hasta el día de su santa muerte (23 de mayo de 1928).

La obra principal del Padre Gamero en relación con la Compañía en Colombia, fue sin duda la de haber formado la primera generación de Religiosos, entre los que se contaron y se cuentan aún varones

perfectos y de inmenso influjo en las actuaciones de la Compañía. Esa primera generación había de ser, y fue en efecto, el modelo de las que después se han sucedido; y el primer impulso impreso en la máquina de la religiosa observancia según el espíritu de San Ignacio, fue de singular valor para el porvenir de la Compañía que estamos presenciando.

Si en todas las virtudes fue nuestro padre Gamero perfecto imitador de San Ignacio, de manera especialísima brillaba en él, al par con la prudencia, la humildad más sincera y profunda. Y en su dulzura y delicadeza para con sus súbditos, unida a la austeridad de que les daba ejemplo y a una moderadísima severidad en la formación del espíritu de sus Hijos, fue sencillamente maravilloso.

No sólo la Compañía sino la Nación Colombiana, a la que él amó como segunda Patria, le son deudores de gratitud perpetua.

*D. S. J.*

## Santa Rosa de Lima

El 30 del mes actual celebra el Perú y todo el continente sudamericano la festividad de su patrona: Santa Rosa de Lima.

La tradición y la historia, la leyenda y la fábula se enlazan admirablemente al referir los rasgos de la vida de esa criatura de Dios que en la pila bautismal se llamó Isabel y luego llevó también el de Rosa por la belleza de su rostro y el parecido extraordinario que tenía con esa flor. Al final logró que el arzobispo de su ciudad natal, santo Toribio de Mogrovejo, la confirmase con ese último nombre.

En sus ojos oscuros brilló siempre la luz de la bienaventuranza y en la frescura de su tez nacarada se reflejaba la pureza de su alma en toda su limpidez.

Lima, cuna de romances y de amores en aquella época, la vio crecer y andar por sus calles, a la sombra de sus edificios co-

loniales y fué testigo de tanta devoción como puso la santa en su paso terrenal.

Todavía subsiste la estrecha estancia en que Santa Rosa se entregaba a las más duras penitencias, estancia que sirve de bóveda al tabernáculo del templo construido en su memoria y que se conserva con el nombre de Santa Rosa de los Padres, porque la rodeaba un convento de religiosos destinados al cuidado de sus reliquias.

Allí en esa estancia están todavía fijos en el desconchado muro el clavo de donde se colgaba por los cabellos y la silla tosca, de brazos, en que pasaba sus horas de éxtasis contemplativo.

Como Santa Catalina de Sena, sabiendo que una de las cosas que más la hermo-seaban era su cabellera espléndida, resolvió cortarla casi de raíz, por lo que se conquistó la enemistad sin límites de sus padres, que

la hicieron objeto de malos tratos y hasta la obligaron a realizar los más bajos menesteres domésticos en la casa como castigo a su fe. Pero no fueron suficientes esas amenazas ni los sufrimientos y humillaciones padecidas para destruir una creencia tan arraigada en lo más profundo de su espíritu, de todo su ser, siguiendo inevitablemente una vida recta de piedad y de ascetismo.

Desde sus primeros años, Santa Rosa de Lima reveló su intenso amor por las cosas de la religión, hallándose con mucha frecuencia completamente abstraída y soportando resignada y con una paciencia ejemplar las severas reprimendas de que se la hacía objeto.

Pero sólo sus familiares eran los que podían apreciar bien lo que pasaba en esa alma infantil animada de dotes sobrenaturales, porque el resto de las gentes se impresionaba de manera diferente, dado su carácter aparentemente jovial y alegre. Se la encontraba comúnmente tocando el arpa, la cítara y la vihuela, o ensayando sus lecciones de canto con un alborozo que era el reverso de su acendrado misticismo.

Su educación era superior a la que se impartía corrientemente a las mujeres de su tiempo, y esa misma cultura la impelía a un autoanálisis interior de todos los sentimientos. Así, lo mismo que San Francisco de Asís, se ponía a la sombra de la copa de los árboles, mientras su vista vagando se posaba en los pájaros que sin timidez se le acercaban y en las nubes que como vellones inquietos cruzaban lentos por el espacio azul.

Santa Rosa de Lima quiso conocer todos los tormentos de la Pasión. Cuando ya había tomado los hábitos religiosos solía encerrarse en el oratorio durante días enteros sumida en sus reflexiones y dedicada a la evocación de los martirios de las grandes figuras de la iglesia.

En recuerdo de las sogas que ataron a Jesucristo se puso a la cintura una cadena cerrada con un candado. La llave de ese cilicio que empurpuró el cuerpo fué a parar a un aljibe.

Un aro de hierro con 99 púas agudísimas reemplazó la corona de espinas de Nuestro Señor. La pesada cruz la substituía por un madero que arrastraba sobre sus hombros por el jardín, cayéndose en las sendas bordeadas de flores, hasta llegar al desmayo, exhausta en algunas ocasiones.

La hiel y el vinagre eran las bebidas

## Censura de Películas

Por el Tribunal de Censura Cinematográfica  
de Acción Católica

*Clase A. 1ª Sección.—BUENAS.*

Lo manda la ley; Misión peligrosa.

*Clase A. 2ª Sección.—PARA PERSONAS  
DE CRITERIO BIEN FORMADO.*

Ay Jalisco no te rajes; Cállese la boca; Camino de Karanga; El Conde de Montecristo; Charlie Mc Carthy detective; Chimbela la revoltosa; De México llegó el amor; De resultas de un beso; El difunto protesta; Los hombres que la amaron; Los invasores; Mamá Gloria; Más allá del amor; Mi amor eres tú; Mil estudiantes y una muchacha; El Profesor Cero; Reclutas en desfile; Romance musical; Serenata de amor; El toque femenino; Unión Pacífico; Venganza de mujer; Yo quiero morir contigo.

*Clase B.—ESCABROSAS.*

Ay qué tiempos Sr. don Simón; Callejón sin salida; Curvas y balas; La espía peligrosa; El festival de Cantinflas; Un gallardo aventurero; Hasta que la muerte nos separe; Luna sobre Miami; Los muchachos se divierten; Santa Rogelia.

*Clase C.—CONDENADAS.*

Tarzán el hombre mono; Víctimas del pecado.

—o—

Concurra al buen cine; premie con su asistencia las producciones limpias; aplauda y recomiende las representaciones honestas, porque el espectáculo sano es necesario al espíritu.

Pero absténgase de ver películas escabrosas o condenadas. Recuerde que rebaja su dignidad si gustosamente presencia espectáculos inmorales o indignos.

que se imponía para aplacar su sed en el período de castigos que voluntariamente quiso experimentar.

Cuentan además sus biógrafos que Santa Rosa hizo una especie de hoyo de cinco pies de largo, por cuatro de ancho y seis de alto, donde pasaba en una posición violentísima buena parte del día.

Rasgos como los mencionados son numerosos en esta divina, predestinada criatura.

Un día, habiéndosele alabado la finura y perfección de sus manos, las puse en cal viva para deformarlas de modo que jamás pudieran ser motivo de encomio por quienes la veían desde un plano de materialismo, de profana admiración.

También frotaba con pimienta sus mejillas para que los hermosos y rosados colores de su cara desapareciesen y no fueran blanco de todas las miradas.

Estas anécdotas de su vida la pintan y describen mejor que los retratos líricos que podrían bordarse siguiendo la estela luminosa de su existencia hasta el día de su fallecimiento, cuando llevaba siete años con el hábito de terciaria de la Orden Dominicana.

Dícese que transfigurado completamente su cuerpo, acudió inmenso gentío a contemplarlo, debiendo establecer fuerte custodia la guardia del virrey cuando se trasladaron los restos de la iglesia de Santo Domingo, con el propósito de que no sufriesen menoscabo al intentar los devotos conseguir reliquias de la santa.

El Papa Clemente IX la elevó a los altares firmando el decreto de beatificación el 12 de febrero de 1668 en el convento dominicano de Santa Sabina, donde estaba retirado, declarándola al propio tiempo patrona de Lima.

Clemente X celebró el acto de canonización el 12 de abril de 1671 declarándola patrona principal de América, Filipinas y las Indias Orientales.

Se han tejido mil leyendas alrededor de esta figura extraordinaria. Una de ellas, y que aparece entre el ramillete de tradi-

ciones peruanas de Ricardo Palma, es la de que un Pontífice, al hacerse las gestiones de rúbrica para conseguir la beatificación, exclamó: "Santa y en Lima; sería preciso que llovieran rosas". Y dicese que llovió un buen chaparrón que confirmó con un milagro el mérito de las virtudes que sus contemporáneos aquilataran.

Hace más de trescientos años que subió al cielo y aún se la evoca a través de la noche de los siglos de rodillas ante la imagen de la Virgen envuelta en su alba túnica con los ojos entornados y trémulos los labios mientras unas lágrimas como rocío resbalaban por sus mejillas.

Su vida fué un amor con alas; su gloria, un fulgor eterno.

Nació para el bien, sintió en sus carnes el dolor lacerante de los sacrificios, se detuvo en cada huella, en cada rasgo prominente de los santos y del Señor; murió en la plena certeza de que nada de lo que había hecho sería inútil, porque estaba proyectado hacia el futuro.

Han pasado, como dijimos, tres centurias y Santa Rosa de Lima recibe cariñoso homenaje en los altares y recibirá en tanto la virtud sea estimada en el mundo.

*De para Tí.*

25 Agosto, 1936.

## Consejos Médicos

En la mayoría de los casos en que el paciente se queja de palpitations del corazón, no está enfermo de esta víscera y si de los nervios o del estómago. Las dispepsias de origen nervioso suelen presentar síntomas que por espejismo permiten creer a la persona atacada en un mal grave del corazón. Si bien este género de dolencias requiere cuidados y paciencia, las del corazón son más serias.

El asma es la manifestación exterior de muchas dolencias que nada tienen que ver con los pulmones.

*Dr. Brain.*

## Con José Mojica, hoy Fr. José de la Virgen de Guadalupe

Aspecto de su vida. Cómo surgió su vocación religiosa. Interesante reportaje que publica el gran rotativo "El Comercio", de Lima.

*Continuación.*

Terminada la ceremonia me tomó de la mano y regresamos a casa.

En mi pueblo había una escuela, dirigida por monjas, y allí aprendí las primeras letras. Después de la muerte de mi padre, mi madre realizó sus intereses y me llevó a la capital a un colegio de Monjas Franciscanas, en donde estuve hasta los 8 años, saliendo de allí con motivo de la expulsión de las instituciones religiosas; sucediéndolas en la instrucción pública, la enseñanza laica, dirigida por hombres irreligiosos, cuyas ideas inculcaban a la juventud. Poco a poco fui alejándome de Dios; y llegué a faltar a todos mis deberes religiosos. Recibí esa educación hasta los 18 años, en que ya era un hombre, sin ideas cristianas, empapado mi corazón en sentimientos antagónicos, y aun cuando en el fondo de mi espíritu no me satisfacía ese falso credo, que me producía desconcierto y vacío, cuando en él meditaba. Por eso estudié todas las religiones, menos la que mi santa madre, que era terciaria franciscana, sembró en mi corazón. Me dediqué a estudios superiores agrónomo y médico veterinario y un año antes de terminar, corté mi carrera, pues comprendí que, de mi voz y mi afición a la pintura, podía obtener mayor provecho, y con ello sostener a mi único amor en la tierra, a mi madre, a quien quería ver, como hijo único, rodeada, en su vejez, de todo género de comodidades.

Tal es la segunda época en que divido mi vida.

Eduqué mi voz y la pintura: me dediqué seriamente al estudio de la música, de la historia, del arte en todas sus formas y de 4 idiomas que he dominado, ingresando a la Academia de San Carlos que en Mé-

xico fundara Carlos III, bajo la dirección del gran maestro Alejandro Cuevas.

Ingresé a los Coros de la Compañía de Opera y fui ascendiendo después, ya por mi cuenta; recorrí durante 10 años, dando conciertos, en casi toda Europa, menos Suecia y Noruega. A Europa he ido tres veces: al Africa, dos; a Egipto y Palestina; y a América a casi toda, pues he visitado parte de Centro América, Venezuela y Colombia.

Tal fue mi vida de errante viajero, recibiendo aplausos y buenas remuneraciones que me permitieron comprar una hacienda con una linda residencia que ocupó mi ma-

## AGENDA 1942

Una Agenda práctica y elegante. Esta Agenda 1942 será la preferida por todos los hombres de negocios, oficinistas y amas de casa.

Mide 17 x 26 centímetros. Cada página alcanza para dos días.

Trae: EL SANTORAL - DÍAS FERIADOS  
MOVIMIENTOS DE LUNA  
PRONÓSTICO DE TIEMPO

y se completa además con los siguientes cuadros:

TARIFAS POSTALES - AFREO INTERNACIONAL  
PESAS Y MEDIDAS - ITINERARIO DE AVIONES  
CUADRO DE PAPEL SELLADO Y TIMBRE

Todo lo que necesita saber EL HOMBRE DE NEGOCIOS

Se ofrece en 3 presentaciones

- 1.—CARTONE, edición económica...¢ 2.90
- 2.—PASTA de calidad...¢ 3.50
- 3.—DE LUJO...¢ 5.50

Pero las tres ediciones con el mejor papel para escribir

**LIBRERIA LEHMANN & CIA.**  
SAN JOSE

dre, como yo lo soñé rodeada de todo género de comodidades y atenciones. Tal fue mi vida artística que duró hasta hace poco, habiendo sido durante ella contratado para Hollywood durante ocho años, en que tomé parte en once películas, tres en México y una en la Argentina. Todo esto elevó mi fortuna, pero no me sentía feliz.

Una vez invitado por ricos amigos norteamericanos pasé una parte de un verano en la isla Men, en California. En la espléndida residencia de ellos tenían una gran biblioteca. Un día tomé un libro cuyo título es: "Brother John". El argumento que allí se trata se reduce a una seria discusión entre los frailes sobre las doctrinas de San Francisco, interpretándolas cada uno a su manera; pero después de largas discusiones llegan a un acuerdo final en Mont Alvernia.

La exposición de esas doctrinas, en las que me dió por meditar, fue para mí la luz de la verdad que iluminó mi espíritu.

Encontré en ella lo que busqué tanto tiempo. Vi en el Santo al gran conductor de espíritus y redentor de almas extraviadas e ignorantes de la verdad.

Seguí profundizando mis conocimientos sobre su obra, su ejemplar vida y la de su Orden; y visitando la tumba de Junípero Serra, el santo misionero, padre de California, medité sobre todo esto, recuperé las ideas cristianas que mi madre me enseñó. Pedí perdón a Dios por mis extravíos; y sobre esa tumba recibí la Santa Comunió. Un año después en la Misión de Santa Bárbara, me impusieron el hábito de Terciario; y otro año después profesé como tal, sin que desde ese día haya dejado mis prácticas religiosas, y separado de mi cuerpo el gran talismán de su cordón, a través de mis nueve años de vida artística, en estudios de cinemas y escenarios teatrales.

Mi vocación religiosa era invencible ya; pero vivía mi santa madre; y ello me impedía realizar mi ideal; dejar mi patria, y pobre, tocar lejos, muy lejos, las puertas

de un convento franciscano y emprender el nuevo camino.

Una noche cantando en la Gran Ópera de Chicago recibí, hace poco más de dos años, la noticia de la muerte de mi querida madre. Mi dolor fue profundo, terrible; pero al mismo tiempo pensé, que Dios que saca del fondo del mal el bien mismo, me abría las puertas de la libertad. Cumplí mis anteriores compromisos, y luego medité un año para compulsar la seriedad de mi vocación. Persuadido de ella, resolví liquidar mi fortuna; la distribuí, garantizando las necesidades de mis dos viejas tías y aplicando el resto a los necesitados. Me hice pobre de solemnidad. Nada me reservé sino el valor del pasaje; y lo hice tan mal, que a no ser por los RR. PP. Jesuitas, me quedo en Panamá; de donde vine hasta Arequipa, merced a la caridad de ellos. Escogí el Perú, porque es de todo lo que conozco lo que más se parece a mi país, en costumbres, en sociedad, etc.

De Arequipa me trajo a Lima la Santa Obediencia; y aquí me tiene usted en el Noviciado, feliz, dichoso, contento, siguiendo mis estudios superiores, para lo cual me facilita mucho el conocimiento del latín.

Ante tan amplia relación de su vida, cabe preguntar ahora: ¿No es la mano de Dios que por obra de una madre cristiana, que cumplió sus deberes de tal, puede hoy ofrecerse a todas aquellas que apartándose de su misión, forman hijos que mañana pueden ser su castigo como elementos imitables en el seno de esta sociedad moderna, que a pasos de gigante marcha, de frente, a restablecer el paganismo, con sus leyes altamente inmorales y con sus costumbres libres?

No nos ha llevado otro ideal al publicar este artículo, que encierra tan profunda lección y que lleva la respuesta a las preguntas con que éste está escabezado.

*J. F. Pazos Varela.*

## En el Corazón de las Américas

(CUENTO)

POR MARIA ALVAREZ RIOS

Ena había guardado silencio largo rato y el hombre que estaba en pie delante de ella, esperaba una respuesta. Repitió la pregunta en voz más baja:

—¿Es que te soy repulsivo?

Ella dejó de mirarse las uñas y contestó vivamente.

—No, Ernesto ¡Eso no!

—Como tengo una cicatriz...

—¡Oh! ¡No exageres! ¡Si esa marca casi no se te nota!

Lo contempló unos instantes. Era verdad que apenas se notaba aquella cicatriz de su frente. Parecía una arruga y no llamaba la atención.

¡Cómo debía haber sufrido este hombre!— pensó ella—. Recordó la primera vez que se encontraron en el hotel; su mirada penetrante y su voz grave y varonil la habían turbado intensamente, reviviendo en ella, sin que acertara a explicarse por qué, la imagen de Ignacio. Recordó todo lo que dijieran la primera vez que hablaron de ellos mismos...

Había sido en el carro de turistas, un mes atrás.

—Perdóneme, Ena, pero ¿qué edad tiene usted?

—¿Por qué me lo pregunta?—dijo ella.

—Pues... porque el primer día que la vi en el hotel, con esas ropas negras que traía, y aquel andar lento... ¡qué se yo! Me imaginé que tendría usted más de treinta años.

—No andaba usted muy lejos, Ernesto. ¡De cuarenta me sentía yo!

—¿Qué edad tenía realmente?

Ella contestó poco a poco, mirando, sin verlo, el paisaje que se deslizaba por el marco de la ventanilla:

—He sufrido tanto... tanto, que mi corazón tiene un siglo.

—¡Por Dios, Ena! No se sienta triste hoy. Este es un gran día. Mire, vamos a contemplar las vistas más hermosas de Costa Rica, "El Corazón de las Américas"... Veremos el Irazú, maravilloso e imponente y gozaremos un intenso placer espiritual en su contemplación.

—Todo eso está muy bonito y bien dicho... Haría usted un excelente actor, porque uno se emociona oyéndolo, pero... sería mejor que recitara otra cosa. ¡Todo eso que me ha dicho acaba yo de leerlo en la guía de turistas!

Se rió suavemente y él hizo lo mismo.

—Oh, qué perspicaces son algunas mujeres!... —comentó—. ¿Ve, Ena? Así es como me gusta verla. Ahora mientras usted sonríe, déjeme calcularle la edad. Aunque está sentada y la oscuridad no me permite verla bien, puedo decirle que su figura es de diez y seis años.

—¡Qué adulator!

—No interrumpa. ¿Por dónde iba?... ¡Ah! Sí... ¡Diez y seis años! Bueno, y esa mirada suya de este momento, confiada y alegre es tan infantil que vale por dos. Diez y seis y dos, diez y ocho. Ese cutis suyo, sin maquillaje ninguno es tan terso y tan fresco como el de una criatura Dos años también. Entonces... diez y ocho y dos: veinte. Contesté honradamente. ¿No tiene usted veinte años?

—¡No. Tengo veinticuatro.

—Ah, pues no andaba yo tan equivocado...

A un lado de la carretera se veía una plantación de café. Muchos arbustos estaban floridos, y sus flores eran miles de pequeños puntos claros en la penumbra de la madrugada.

Ernesto habló de nuevo:

—¿Y yo, Ena?

—¿Usted,—preguntó ella—. ¿Usted qué?

—¿Qué edad me calcula a mí? Dígame.

—Oh, yo no sé hacer esos cálculos complicados suyos, pero trataré. Esas canas que le blanquean las sienes son de cuarenta y cinco años, pero esa sonrisa tan agradable le quita diez de encima. ¿Tendrá usted 35?

—No sé.

—¡Cómo! ¿No sabe usted su edad?

—Mi edad es lo de menos. No sé ni mi nombre.

—¡Jesús, María y José! ¿A dónde va a parar con esa broma? Mire que muchos locos han empezado así.

El suspiró profundamente.

—Ay, Ena. ¡Si usted supiera!... A veces he pensado eso. He pensado que acabaría en un manicomio, de estar tantas noches en claro tratando de recordar mi pasado.

Ella notó que él hablaba en serio. Había una honda nota de tristeza en su voz. ¿Por qué le habría dicho ella eso? Tenía que haberlo herido.

—Perdóneme, Ernesto... yo...

—Oh, no tenga pena. Ya sabía yo que usted se azoraría cuando yo se lo dijera. No vaya a tenerme miedo.

—¡Por Dios!

—No sería nada raro. Pero dice el Dr. Co-

mes Laveiro que mi cerebro anda perfectamente bien. El mío es un caso de amnesia no tan extraño como pueda imaginarse. El doctor me asegura que si sufro una violenta emoción, puedo recobrar la memoria. El me da muchas esperanzas

—Es un gran especialista—dijo Ena.

—La fama del doctor Gomes Laveiro no abarca sólo la América, sino que en muchos sanatorios europeos se estaban experimentando sus teorías, muy avanzadas, por cierto. Si hubiera usted visto los ejercicios físicos y mentales que me obligaba a hacer—había dicho Ernesto—no podría aguantar la risa.

La voz del guía turístico se dejó oír, clara y segura, como la de todos aquellos que recitan párrafos de memoria.

—Señoras y señores: Estamos atravesando la histórica ciudad de Cartago, la antigua capital. Tiene más de 400 años de fundada. En el año 1823 tenía 30,000 habitantes, pero a consecuencia de las guerras civiles perdió su supremacía y la capital se trasladó a San José. Un terremoto en 1841 consumó su decadencia. De entonces a hoy ha ido reponiéndose y actualmente figura como una de las principales ciudades de la República.

Cuando volvió a sentarse guardando silencio, todas las personas que llenaban el coche reanudaron sus comentarios, y era tal el escándalo que algunos de ellos armaban, que Ernesto tuvo que alzar un poco la voz para que Ena le oyera bien.

—A pesar de todo—continuó, como si no hubiera habido ninguna interrupción—. A pesar de todo yo tengo más esperanzas de saber quién soy por medio de las gestiones del señor Salazar que por las del doctor. Salazar es detective privado que se está ocupando en investigar mi caso. Cuando el doctor Gomes Laveiro "me encontró" llevaba yo encima algún dinero que todavía no he acabado de gastar, y Salazar ha evitado darle publicidad al asunto, porque nunca faltará quien entorpezca su labor fingiendo ser pariente mío, sólo por el interés

—¡Oh! Se necesita ser cínico para hacer semejante cosa.

—No sería la primera vez que sucediera. Estoy bien documentado sobre otros muchos enfermos de amnesia como yo y sé las complicaciones que han confrontado al reclamarlo dos y hasta más familias como pariente suyo. Ahora con este Sherlock Holmes que me he conseguido puedo estar tranquilo. Sigo sus consejos al pie de la letra. Uso provisionalmente el nombre de Ernesto Peralta que él mismo me inventó. No me hago muchas amistades para evitar preguntas in-

discretas, y a nadie he confiado mi secreto más que a usted.

—Gracias, Ernesto Gracias por creerme digna de su confianza.

—No tiene importancia. Sólo quisiera, a cambio, que usted alguna vez me contara algo de su vida...

Como ella guardara silencio, él comprendió que Ena no quería tocar ese punto y no insistió más.

Un ahora más tarde todos los ocupantes se diseminaron por grupos junto al Irazú. Muchos de ellos lo contemplaron en silencio, otros prorrumpían en exclamaciones de alabanzas; los más enfocaban con sus cámaras de películas o de fotografías los imponentes cráteres, los numerosos conos parásitos, las solfataras y fuentes termales hacia el Norte y las corrientes de lava hacia el Sur.

Ena y Ernesto, después de ver el Irazú, se apartaron del resto del grupo sin darse cuenta.

—Mire—dijo él—dos océanos se ven desde aquí. ¿No es maravilloso todo esto?

—¡Maravilloso!—asintió ella.

El Atlántico a un lado y el Pacífico a otro, se veían claramente en la distancia como dos franjas azules. Un aire frío se dejaba sentir y Ena se subió el cuello de la chaqueta

—¿Tiene frío, Ena? No es para menos. Hay que ver que estamos a más de once mil pies sobre el nivel del mar. No le dé pena aceptar mi saco

—No, no, no—, dijo ella rápidamente—. No vaya a quitárselo Sería un disparate contra su salud. No quiera usted ir a parar al Sanatorio Durán, supongo yo... Además, yo estoy bien así, gracias.

Bajó un poco la voz y continuó:

—Ernesto... ese gesto suyo me ha hecho recordar al hombre que quise... que quise queriendo

—El adivinó que Ena le haría su confidencia espontáneamente y se sentó junto a ella, en el suelo duro y rugoso.

—¡Cuénteme!—dijo

—Es que sufro siempre que lo recuerdo. El era mi novio Nos queríamos mucho. Lo perdí hace dos años en un accidente en la carretera. ¡Me costó tanto trabajo acostumbrarme a su muerte!... Me vestí de luto. Vestí ropas negras por un año hasta ahora que mis tíos me han traído aquí para hacerme olvidar. Me llevan y me traen como a una chiquilla, y lo primero que ha hecho mi tía es vestirme a su antojo. ¿No ve esta chaqueta roja qué escandalosa y llamativa que es?

Yo jamás la hubiera comprado por mi gusto.

—Pues mire, le queda muy bien.

—Pero el luto está en el corazón.

—¡Pobre Ena! Tiene que esforzarse por des-  
terrar ese espíritu de su pensamiento. ¡Usted es  
tan joven para vivir de un recuerdo! Olvídelo...  
Olvídelo...

—¡Cállese! ¡No diga eso!—protestó con fie-  
reza

Después se levantó y echó a andar lentamente  
hasta reunirse con los demás excursionistas.

Hoy estaban otra vez frente a frente los dos  
en la cúspide del volcán Poás. Faltaba por cons-  
truir un tramo de carretera y habían seguido  
ascendiendo los ocho kilómetros restantes a ca-  
ballo; habían desmontado y estaban peligrosamente  
cerca uno de otro, sin más testigos que el  
volcán dormido y el cielo, de un gris plomizo.

Por semanas habían estado viéndose a diario.  
Habían ido juntos a ver las mujeres nativas tra-  
bajando en alfarería. Habían explorado bosques  
intrincados. Cogieron limas, nísperos y fresas en  
el campo y buscaron orquídeas silvestres en las  
montañas

Siempre habían estado tratando de consolarse  
mutuamente, como dos viejos amigos. Pero hoy  
era diferente. Ernesto le había hablado a Ena de  
amor y ella se había quedado callada. No era  
ya que siguiera llorando a su novio, sino que por  
escrúpulos de conciencia, le parecía indigno ser  
infiel a su memoria.

Ernesto, sin entender sus sentimientos, le dijo:

—Si confiesas que no te soy repulsivo, ¿por  
qué te niegas a aceptarme? ¿Temes acaso aver-  
gonzarte de mí cuando se descubra mi identidad?

—No ¡Qué ideas se te ocurren! ¡Tampoco  
es eso!

—¿Tienes miedo de que yo, sin recordarlo,  
esté casado con otra mujer? No, Ena. Si acce-  
dieras a ser mi esposa, y después supiéramos que  
yo había contraído matrimonio anteriormente, esa  
otra sería una extraña para mí, que no me ins-  
piraría ningún amor, y la ley te ampararía tam-  
bién.

Ella seguía silenciosa, con la mirada fija en  
el fondo del inmenso cráter del Poás, con su la-  
guna de agua hirviente y su géyser

—¡No, Ena, no! ¡No puede ser que haya sen-  
tido este mismo amor por otra mujer. Yo sé bien  
que ninguna en el mundo será capaz de hacerme  
sentir y sufrir como tú.

Ella caminó un poco alejándose de él y dán-  
dole la espalda. Ernesto soltó las riendas de los  
caballos, que se quedaron quietos, y se acercó a  
la muchacha nuevamente. Una sombría expre-  
sión ensombrecía su semblante varonil.

—Ena—dijo lentamente— empiezo a creer que

eres insensible, que tu alma está dormida...

Al cabo de unos instantes y siempre con los  
ojos fijos en el fondo del Poás, Ena murmuró  
en un hilo de voz:

—Volcán dormido es mi alma

que duerme las horas lentas.

Tengo miedo. ¡Esta es la calma  
precursora de tormentas!...

El estaba junto a ella, tan cerca, que sus ca-  
bellos le rozaron la cara.

Ella lo sintió... sintió que sus manos fuertes  
y largas le rodeaban la cintura y la hacían vol-  
verse frente a él.

—¡Mi vida!—murmuró Ernesto—. Déjame dar-  
te un beso que no te deje olvidarme.

Y se besaron.

Arriba, en la cumbre, la Laguna Fría era una  
copia invertida y brillante del cielo gris.

Las manos de ella disminuyeron la presión en  
torno a su cuello y Ernesto comprendió horrori-  
zado que Ena se había desmayado en sus brazos.

—¡Ena!—gritó desesperado.

Ella estaba como muerta, con los ojos entor-  
nados y el rostro palidísimo. El tuvo un estre-  
mecimiento que le sacudió de pies a cabeza.

—¡Enita mía!

La joven seguía inconsciente y en aquel dulce  
abandono parecía una niña dormida. El dejó de  
gritar su nombre. La colocó con suavidad sobre  
el suelo y se inclinó amorosamente frotándole  
las muñecas para activarle la circulación.

Estaba confuso... Le había dicho "Enita".  
Era la primera vez que la llamaba así. Le pare-  
cía como si la conociera de antes. Ella abrió los  
ojos muy despacio y él iba recordando... re-  
cordando... tantas cosas que se habían queda-  
do dormidas en su subconsciencia.

No sabía si creerlas... Miró a la muchacha  
con ternura y dijo:

—Cuando te sientas bien, bajaremos con cui-  
dado. No debes subir más a estas alturas sin  
consultar un médico.

Temía que ella tuviera alguna lesión en el co-  
razón, pero comprendió que haría mal diciéndole  
sello.

Llegaron al hotel ya por la noche, exhaustos  
y nerviosos ella, por una razón que no acertaba  
a explicarse y él, porque sentía una necesidad im-  
periosa de saber si todas aquellas cosas que aho-  
ra se agolpaban a su cerebro eran ciertas o sólo  
fantasías de su mente atormentada.

En el vestíbulo del hotel lo esperaba Salazar.  
Le dijo que quería hablar con él en privado, pa-



ra informarle de los datos que había hallado en sus investigaciones, pero ;que no se atrevía a hacerlo sin autorización del doctor.

—¿Dónde está el doctor ahora?—preguntó Ernesto ansiosamente.

—No sé. Salió hace un rato.

—Yo no puedo esperar ni un minuto más. Saque esos papeles de la cartera y enséñemelos en seguida.

Salazar miró a Ena como dudando si obedecer o no.

—Puede verlos delante de la señorita—aclaró el joven con impaciencia—. Para ella no tengo secretos. Y dése prisa, ¡por favor!

—Mire: éstos son los datos biográficos de tres personas perdidas en fechas que coinciden con la desaparición de usted. Este es un comerciante brasileño establecido en Alajuela, en un negocio de café. Tenía 9 años.

—De manera que tendrá 50, si es que vive—interrumpió Ernesto—. No. Esos no son los informes que quiero. Léame los otros.

—Hay dos más, parecidos los dos. Mire éste: es un hombre que ahora tendría 30 años. Fue hallado por unos campesinos procedentes de Tres Ríos. Estaba inconsciente, con la cara llena de terribles heridas. Llevaba una gruesa suma de dinero en los bolsillos.

—¡Los campesinos fueron tan honrados que no le robaron!... Era de una acaudalada familia de Cartago. Dos miembros de la Federación Médica, especializados en cirugía plástica se

enteraron del caso y lo operaron dejándole una nueva fisonomía, enteramente distinta. Luego, como no recordaba nada, lo llevaron una clínica de psiquiatría de Río de Janeiro.

Ernesto observó a Ena. Ella le miraba con los ojos muy abiertos y la cara pálida.

El detective siguió leyendo sus datos:

—Sus familiares le dieron por secuestrado y luego por muerto al hallar el auto vacío en la carretera y, muy entrados en el monte, su escopeta y el sombrero con sus iniciales I. L.

—¡Ignacio!...—gritó Ena asiendo a su cuello—. Tú no eres Ernesto, sino Ignacio Leiseca! ¡Mi Ignacio!... y te he hallado... ¡te hallé al fin! Yo nunca quise creer que hubieras muerto.

Lloraba y reía al mismo tiempo, y la apretaba fuertemente entre sus brazos, como temeroso de perderla otra vez, con los ojos empañados de lágrimas. El señor Salazar los dejó solos en los transportes de su recién hallada felicidad.

—¡Virgencita!...—sollozaba Ena.—¡Has hecho un milagro! ¡Un milagro!...

Ignacio sólo acertó a murmurar en voz ronca por la emoción:

—¡Gracias... Gracias, Dios mío! á

La noche se hizo más clara.

El cielo!—ese hermoso cielo de Costa Rica—estaba bordado de estrellas. La luna clavada en lo alto, tuvo una hermana gemela reflejada en cada uno de los cristales del ventanal.

## No hay derrota posible

"Estas cosas os he dicho con el fin de que halléis en mí la paz.

En el mundo tendréis grandes tribulaciones; pero tened confianza:

Yo he vencido al mundo"...

(San Juan, XVI, 33).

Venció entonces y vence en los siglos hasta el final.

Sobre las tempestades de sangre, sobre la rebelión de la miseria, domina irresistible la majestad del Victorioso.

Porque arrastra tras de sí tempestades de heroísmo; porque transfiguró a la humanidad con la luz de su grandeza, ha vencido.

Vence con nosotros, porque está en nosotros y estamos en El.

Porque somos suyos de tal manera que somos El.

Aunque nos despedace la amargura de la soledad.

Aunque nuestro siglo nos amenace con el espectáculo de su ilusión y sus espasmos, somos de tal manera Cristo que somos invencibles.

Hemos vencido al mundo, como El.

Y no hay derrota posible para los vencidos por Cristo.

Las convulsiones de la historia humana escriben letra a letra el relato de su triunfo.

Triunfo suave y poderoso del Admirable, del Dios Fuerte.

## Claro de Luna

Primavera. Ha muerto el día, y es la noche tan clara y tan serena, que los pájaros, las flores y los árboles, asombrados de no llegar las tinieblas, se han quedado despiertos.

Luce el cielo casi blanco a fuerza de estar claro, y las pocas nubes que hay, lo adornan como si fuesen grandes ramos de camelias de plata.

Claro de luna. Tan luminoso y tibio es el paisaje, que nadie diría que es ya de noche, y a pesar de estar todo sumido en quietud y silencio, se adivina que las ra-

mas y las corolas y las mariposas están soñando despiertas...

Claro de luna en primavera. Desde aquí se mira cómo el astro de la noche, cual un pájaro de luz, baña su blanco plumaje en las aguas del lago, en tanto que del alma de los jazmines se eleva una piegaria de perfumes, y quedo, muy quedo, hablan de amor los ciruelos en flor...

Amado de mis sueños juveniles: una noche como ésta he de encontrarte!

*Myriam Francis.*

## SECCION DE COCINA

A cargo de doña Digna Casal de Solari, Profesora de Cocina graduada en Bruselas

### *Punta de solomo sudada*

Se emplean 3 libras de punta de solomo, no muy gorda, se lavan y se ponen en una cacerola junto con 2 cebollas partidas por la mitad, 4 clavos de olor, una hoja de laurel, una cucharada de manteca, se fríe un rato agregándole un poquito de achiote, cuando la carne está dorada se le agregan dos cucharones de agua hirviendo y se deja cocinar hasta que la carne esté casi suave, agregándole poquitos de agua hirviendo; cuando está casi suave se le agrega un repollo pequeño partido en dos, éste anticipadamente se ha cocinado un poquito en agua hirviendo, 6 cebollas enteras y pimienta al gusto; cuando la carne está completamente suave se le agregan unas salchichas fritas; para servirla se coloca la carne en el centro del platón, al rededor el repollo y las salchichas colocadas en forma bonita, esta carne queda muy bien acompañada con papas cocinadas y secas.

### *Enchiladas con salsa de tomate*

Se hacen unas tortillitas muy delgadas, de masa de maíz; se pica finamente posta de cerdo sudada y se fríe en manteca con cebolla finamente picada, pimienta, un poquito de vinagre y un poquito de sai-

sa de tomate; se colocan las tortillitas en un platón y sobre cada una se echa un poquito de la carne preparada; se hace una salsa de tomate con cebolla, chile dulce y manteca, un poquito de azúcar, sal y pimienta, colándola bien, se pone a hervir de nuevo y se bañan las tortillitas con esta salsa y se meten un momento al horno para que estén bien calientes al servir las.

### *Crema de chocolate*

Se hierve una botella de leche con 50 gramos de azúcar; aparte se baten 6 yemas de huevo y se les agrega poco a poco la leche hirviendo, luego se pone al fuego hasta que empiece a hervir, meneándola constantemente para que no se le haga nata; aparte se ponen a hervir 3 barritas de cacao fino, rallado, con 3 cucharadas de leche meneándolo constantemente, cuando el chocolate está derretido se mezcla con la crema y se deja enfriar bien, se bate un vasito de crema de leche hasta que esté espumosa, sin cortarse, luego se le agrega azúcar al gusto mezclándolo muy despacio para que no se vuelva la crema mantequilla, se mezcla con lo anterior, se pone en una compotera y se mete al refrigerador o sobre hielo.

## GMO. NIEHAUS & C<sup>o</sup>

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de GRECIA, Hacienda "VICTORIA"  
" de Santa Ana, Hacienda "LINDORA"  
" de Santa Ana, Hacienda "ARAGON"  
ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.  
ALMIDON, marca "Rosales", Hacienda "PORO"

Calidades insuperables

Precios sin competencia

AL POR MAYOR - AL POR MENOR

Apartado 493 — Teléfono 2131

## CLINICA DENTAL

DOCTOR PERCY FISCHER

Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos  
en sus servicios profesionales

Rayos X

TELEFONO 3105

50 varas al Oeste de la Iglesia del  
Carmen

## Compendio de la Doctrina Cristiana

Por el P. A. Hillaire

Además de los dones propios de la naturaleza humana, Dios concedió a nuestros primeros padres dos clases de privilegios puramente gratuitos.

Los unos, preternaturales, servían para perfeccionar la naturaleza y para hacer al hombre más feliz; estos bienes, que no eran debidos a la naturaleza humana, eran cuatro: 1<sup>o</sup> la *Ciencia Infusa*; 2<sup>o</sup> la *rectitud de la voluntad*, o sea, la inclinación del corazón hacia el bien; 3<sup>o</sup> la *exención de sufrimientos*; 4<sup>o</sup> la *exención de la muerte*.

Los otros privilegios eran sobrenaturales; no solamente no eran debidos a nuestra naturaleza humana, sino que la elevaban por encima de ella misma; tales son: la *gracia santificante*, las *virtudes infusas*, los *dones del Espíritu Santo*.

La Redención de Jesucristo nos ha merecido los *bienes sobrenaturales*, necesarios para entrar en el cielo; pero no nos ha devuelto los dones preternaturales concedidos a Adán y a Eva en el Paraíso terrenal.

Los únicos entre los descendientes de Adán que no contrajeron el pecado original, son *Jesús* y su bendita Madre, *María*. El Hijo de Dios, La Santidad misma, no podía unirse a una naturaleza manchada; María, destinada a ser Madre de Dios, fué exceptuada de la ley universal, *por privilegio y en virtud de los méritos futuros del Redentor*.

Nada más fácil de justificar que este dogma del pecado original. ¿Qué hubiera

sucedido, si, antes de tener hijos, Adán se hubiera suicidado? Hubiera matado en su persona a todo el género humano. No siendo más que un cadáver, no hubiera podido dar la vida corporal a los que debían nacer de él. El género humano quedaba sepultado en una muerte eterna, a menos que Dios, autor de la vida, no interviniera para resucitar a Adán.

De la misma suerte, cometiendo el *suicidio espiritual* del pecado, el jefe de la humanidad hirió de muerte espiritual a toda su raza. Sus hijos podían nacer todavía según la carne y recibir de él la *vida corporal*, pero no la vida espiritual, perdida en su fuente. Sin embargo, Dios se compadeció del género humano, y prometió a Adán un REDENTOR que expiara su culpa y le devolviera la gracia perdida. Conservó en la humanidad la esperanza de este Redentor, mediante *promesas, figuras y profecías*.

## En la TIENDA de CHEPE ESQUIVEL

Avenida Central. Esquina opuesta de  
Mercado

encontrarán las COLEGIALES  
las mejores

TELAS para UNIFORMES

SOLO

# Jabón SAN LUIS

con su espuma menuda y PERSISTENTE, le dará a Ud.

**BUEN RENDIMIENTO**

EN EL LAVADO  
DE SU ROPA

Agustín Castro & Cía.  
Jabonería PALMERA

## Cristo Impera

Después de tanto desperdicio, y de ingenio, Cristo no ha sido expulsado de la tierra.

Su memoria está en todas partes. En las paredes de las iglesias y de las escuelas, en lo alto de los campanarios y de las montañas, dentro de las casas y sobre las tumbas, millones de cruces recuerdan la muerte del Crucificado. Bórrense los frescos de las iglesias, sáquense los cuadros de los altares y de las casas, y la vida de Cristo llena los museos y las galerías. Arrojad al fuego los misales, los breviarios y los eucologios, pero encontraréis su nombre y sus palabras en todos los libros de literatura. Hasta las blasfemias son un recuerdo involuntario de su presencia.

Hágase lo que se haga, Cristo es un fin y un principio, un abismo de misterios divinos en medio de los fragmentos de la historia humana.

El Gentilismo y el Cristianismo no pueden ya soldarse: antes de Cristo y después de Cristo.

Nuestra era, nuestra civilización, nuestra vida, empiezan con el nacimiento de Cristo. Todo aquello que le precedió podemos investigarlo o saberlo, pero no es ya nuestro; está expresado con otros números, encerrado en otros sistemas: no agita ya nuestras pasiones: puede ser hermoso pero está muerto.

César ha hecho en su tiempo más ruido que Jesús; Platón enseñó más ciencia que Cristo. Todavía se estudia al primero como al segundo, pero ¿quién se apasiona por César o contra César?

Cristo, en cambio, vive siempre en nosotros: siempre hay quien lo ama y quien lo odia. Hay una pasión por la pasión de Cristo y una por su destrucción. Y el encarnizamiento de tantos en contra de El demuestra que todavía no ha muerto. Los mismos que se afanan por negar su doctrina y su existencia pasan su vida recordando su nombre.

Giovanni Papini

### Joyería Müller

En esta acreditada joyería encontrará usted: los relojes de las mejores marcas, garantizados; los mejores regalos para bodas, cristalería finísima, objetos de arte. Juegos de cubiertos de plata. Y en joyería hay para los gustos más refinados.

Frente a la Plaza de la Artillería.  
Teléfono 2397

### Novedades

donde

MOYA

**INTENSIFIQUE LA BUENA PRENSA, consiguiéndonos nuevos SUSCRITORES**